

# VALOR Y FRAGILIDAD DEL AMOR HUMANO

MARÍA CELADA AVILÉS – JOSÉ LUIS GÓMEZ BARTHE Y ÁLVAREZ

*“Yo te tomo a ti por esposa/o y prometo serte fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, y amarte y respetarte todos los días de mi vida”* (Liturgia del sacramento del matrimonio). Estas son las hermosas palabras con las que dos personas se convierten en marido y mujer.

Durante la vida de la pareja, la fidelidad a estas palabras va a exigir una gran dosis de inteligencia y de virtud. Inteligencia y virtud que suponen un concepto profundo del amor.

El amor no siempre tiene la misma temperatura, el mismo calor y la misma pasión. No existe una línea recta en el estado de una relación, siempre pasa por diferentes fases.

**En la primera fase – FASE DEL ENAMORAMIENTO** – se da un amor ideal en todos los sentidos, no existen fallos y defectos en el otro, y en el caso de existir se minimizan y compensan con las buenas cualidades. Todo es maravilloso y cada momento común está lleno de felicidad. En los momentos de ausencia, hay añoranzas y pensamientos hacia el otro.

Esta idealización se basa, sobre todo, en que los contactos no suelen desarrollarse durante todo el día y se limitan a ciertas horas cada periodo. En los momentos de lejanía los pensamientos se dedican a idealizar aún más, dejando poco lugar a la realidad. De ahí el dicho de que el amor es ciego, y, aunque los amigos y familiares adviertan de inconvenientes, es complicado escucharles. Asimismo, no hay que tomar grandes decisiones, por lo que los conflictos se minimizan. En esta fase se encuentran presentes – de menor a mayor grado – el compromiso, la pasión romántica, la pasión erótica y la intimidad – que es la que más aumenta –.

Se entra en **una segunda fase – FASE DE COMPROMISO** – de más acercamiento. Ahora sí que es necesario decidir sobre asuntos de presente y de futuro.

Paralelamente, se ha alcanzado un grado mayor de conocimiento del otro: se conocen las virtudes, los defectos, las reacciones, las formas de comportarse. La idealización, pues, ha acabado y la relación es más realista.

Se impone una balanza entre lo bueno y lo malo de la relación, surgen las lógicas dudas y se reflexiona sobre el futuro.

Es el momento de evaluar el estado de la relación: si ha sido algo pasajero e inestable, el final estará cerca. Se impone tomar una decisión: seguir adelante o dejarlo. Al seguir adelante se afronta el reto de la vida en común.

**La tercera fase – FASE DE LA MADUREZ –**, es la fase “cómplice” con la voluntad de vivir una vocación de pareja estable y sin caducidad. El compromiso aumenta y se consolida. La complicidad, el saberse comprendido/a y aceptado/a, es un gran activo en esta fase. Y en cuanto al sexo puede haber menos cantidad, pero la calidad se puede mantener, incluso algunas parejas la mejoran.

De la fase anterior del enamoramiento frenético – hasta cierto punto irracional –, se pasa a un amor más seguro y racional, en el que no necesariamente se pierde lo pasional, sino que se modifica. Se aprende a vivir con aquellos defectos que más molestan, aunque desagraden.

El conocimiento mutuo y la anticipación de reacciones son casi completos, sin lugar a demasiadas sorpresas. Existirán enfados, sí, pero más bien causados por elementos externos, por el cansancio de la rutina más que por novedades de personalidad o comportamiento.

La pareja – ya con años de bagaje –, llega a la última fase en la que los dos se han convertido en compañeros de vida y el cariño prevalece sobre cualquier sentimiento. Es amor, en efecto, pero de forma diferente.

En todas las fases es primordial la **comunicación** y, sobre todo, es necesaria la voluntad de solventar cada problema sin venirse abajo y sin tirar la toalla de la relación ante el mínimo obstáculo.

- ¿Os ayuda este esquema a entender mejor el devenir de vuestra relación?
- ¿En qué fase os encontráis?
- ¿Qué valoráis de cada fase?

¿Qué tipo de amor es el que hace decir a una persona *yo te amaré incluso en la adversidad*? Decir *yo te amaré mientras seas joven y guapo/a y mientras me encuentre bien contigo*, no causa sorpresa. Lo otro sí impresiona. Es un amor que supone un conocimiento de lo que es, en profundidad, el ser humano con quien voy a unir mi vida, es un amor que supone un conocimiento de la vida misma y del compromiso cristiano.

El término *amor* ha llegado a ser una palabra que significa todo y nada. Ahora bien, si el matrimonio se basa en una idea falsa de lo que es el amor, no subsistirá. Por desgracia, para una cierta parte de nuestra sociedad el matrimonio sí está construido con información falsa. Una información dominada por la idea del gusto y de la satisfacción propia, de la pasión fugaz.

La idea central de esta reflexión es la siguiente: el amor del matrimonio cristiano será capaz de proyectarse más allá de todas las circunstancias, incluyendo la adversidad. Amar al otro como persona supone buscar para él todo lo bueno. Por eso el matrimonio es un compromiso hasta la muerte. Esta es la esplendorosa idea del amor capaz de fundar un matrimonio: quiero todo lo bueno para el ser amado.

El último libro del heterodoxo André Gorz – uno de los fundadores del semanario *Le Nouvel Observateur* –, se titula “*Carta a D*”, dedicado a su esposa Dorine. “*Acabas de cumplir 82 años. Has encogido 6 cm., no pesas más de 45 Kg. y sigues siendo bella, elegante y deseable. Hace 58 años que vivimos juntos y te amo más que nunca*”, le escribe. A los 60 años, al descubrir a Dorine una enfermedad degenerativa, el filósofo se retira para dedicarse a cuidar a su mujer. “*Me pregunté qué era lo accidental a lo que debía renunciar para concentrarme en lo esencial*”.

En estas palabras, resumidas en forma tan trágica y hermosa a la vez, radica la esencia de la perdurabilidad del amor en la pareja: el amor es el olvido del yo.

### **EL AMOR DEL MATRIMONIO TIENE QUE TENDER A BUSCAR LA FELICIDAD DEL OTRO**

Si cada uno procura la felicidad del otro, en realidad está obteniendo su propia felicidad. Es un sentimiento de ida y vuelta. Dado que una persona humana nunca puede ser *usada*, es lógico que el amor más completo entre dos personas tenga que ser desinteresado. Es decir, el amor a la persona por sí misma, ejerciendo la tolerancia y la benevolencia, esto es, la *llevarza* del otro y la *querencia* del bien del otro; y no el amor por interés propio. No es suficiente desear a la persona como un bien para mí; es necesario además, y sobre todo, querer su bien. Y, aunque el amor del hombre y de la mujer no pueda dejar de ser remedio de la concupiscencia – interesado en su propio placer –, ha de tender continuamente y en todas las manifestaciones de la vida común a convertirse en una profunda benevolencia. Si en el origen de la relación no hay más que placer o provecho, dicha relación sólo durará mientras cada uno vea en el otro un objeto de placer y provecho propio. Apenas dejen de serlo, la razón de su “amor” desaparecerá. No puede durar si no es más que la combinación de dos egoísmos.

### **EN EL AMOR NO BASTA LA SIMPATÍA AFECTIVA, EL AMOR "ROMÁNTICO"**

No basta la simpatía afectiva para fundar el matrimonio. A pesar de lo hermoso que resulta este sentimiento y lo que aporta de calor a la relación, debemos decir que no es suficiente. La simpatía afectiva esconde una buena dosis de ilusión porque se funda, todavía, sobre la emoción. Por causa de esta semejanza de la simpatía afectiva con el amor, se cometen muchos errores, entre los cuales está fundar en la simpatía una unión como es el matrimonio. Así, creer que desde el momento en que termina la simpatía el amor también se acaba, es opinión bastante dañosa para el amor humano, denota una laguna en la educación del amor, pues el amor no es solamente algo que “se da espontáneamente”, sino que también necesita de una continua construcción e integración de todas las fuerzas que lo componen... El amor también incluye voluntad.

- ¿Cuál es la última cosa que has hecho para mimar a tu pareja?
- ¿Estás pendientes de lo que pueda agradar a tu pareja para procurar dárselo?
- ¿Antepones lo que te agrada a ti frente a lo que le apetece a tu pareja?

Con una ironía no exenta de realismo, Lord Byron escribió: *“Es mucho más fácil morir por la persona que se quiere, que vivir siempre con ella”*. La verdad es que no es fácil mantener el amor a lo largo del camino de la vida. Las crisis matrimoniales constituyen un testimonio de esta dificultad, que se acentúa más todavía en nuestro mundo postmoderno que huye del compromiso y de toda dificultad.

Vale la pena, por tanto, reflexionar primero sobre lo que significa amar a una persona.

Frente al “matrimonio anti-fragilidad” en que la pareja trabaja por integrarse armónicamente en la igualdad de varón y mujer con sus diferencias (a menudo con vida profesional independiente de ambos y que aceptan y viven – generalmente por compromiso religioso –, la indisolubilidad de su vínculo matrimonial), está la familia que nace de un “matrimonio-fusión” que al unirse sólo por los sentimientos (la simpatía afectiva), cuando éstos fallan o se agotan, ya se considera motivo suficiente para separarse y casarse de nuevo. Se comprende que en tal planteamiento la inestabilidad de la pareja se puede manifestar de los modos más repentinos, pero que siempre se detecta inmadurez, patologías o falta de compromiso. Es ese tipo de matrimonios, en parte fruto de una cultura individualista, consumista e insolidaria, donde no cabe un compromiso: el tipo de parejas en las que ni uno ni otro sabe si querrá después lo que ahora quiere. Desde tal perspectiva, no se puede garantizar un compromiso de por vida.

La relación entre los dos sexos se está caracterizando cada vez más por sospechas, tensiones, roces y hasta antagonismos. La idea de que el hombre y la mujer han sido hechos el uno para el otro y, en particular, para aquella peculiar unión llamada matrimonio – idea que nos ha sido transmitida a través de los siglos – corre un serio peligro.

Efectivamente, hoy se realizan o se intentan realizar uniones – en cierta manera matrimoniales o *cuasi matrimoniales* – que no suelen durar. Al menos en los países occidentales, la gente es profundamente escéptica frente a cualquier relación permanente entre marido y mujer. Ya no se cree que valga la pena establecer tal relación o que la misma pueda ser mantenida establemente durante toda la vida. Esta desconfianza en el matrimonio, que deja traslucir un pesimismo frente a la posibilidad de encontrar un amor feliz y duradero en la propia vida, es una crisis de máxima importancia para toda la humanidad. Del mismo modo, no pocos católicos han sido inducidos gradualmente a pensar que el matrimonio abierto a la posibilidad del divorcio es mejor que un matrimonio indisoluble. Este es un hecho que necesariamente da que pensar. En términos teológicos, podría ser visto como una tentación contra la fe, puesto que el matrimonio canónico ha sido elevado a la categoría de sacramento.

Los problemas matrimoniales tienen muchas manifestaciones en la vida cotidiana de las parejas, pero frecuentemente se percibe que el problema es fundamentalmente uno: **la fragilidad del amor de los esposos.**

- ¿Pensáis que vuestro matrimonio podría ser “*matrimonio-fusión*”?
- ¿Hasta que punto creéis que los modelos americanos que nos muestran las películas influyen en nuestra vida?
- ¿Qué puede hacer la Iglesia para lograr que matrimonios y familias no sean destrozados por una futura civilización a-familiar?

El matrimonio como relación fiel y satisfactoria entre un varón y una mujer es siempre vulnerable. Esto antes se ignoraba o se toleraba, pero hoy no. Lo que antes sostenía el vínculo institucional en su vigor con su poderoso entramado jurídico-económico y moral, hoy ya es poco relevante. Antes la única fragilidad conyugal socialmente tolerada era la del varón; la mujer era la gran paciente. Hoy esto ha cambiado y tanto la mujer como el hombre se encuentran con la misma libertad para acabar con su matrimonio.  
¿Qué elementos externos contribuyen a fomentar la fragilidad del amor?

## LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Es innegable la influencia de los medios de comunicación. La pareja se encuentra frente a un nuevo planteamiento auspiciado por los modelos que los diferentes *mass media* nos traen y en los que la visión del matrimonio ha cambiado: se reivindica continuamente el “*derecho a equivocarse*” tanto de uno como de otro sexo. Por eso se puede decir de las familias actuales que son “instituciones frágiles”. Fácilmente naufragan. Esto debilita – ya de antemano – todo esfuerzo por mantener un alto nivel de compromiso, privilegiando implícitamente la inestabilidad futura, como aparece continuamente en todos los medios.

Éstos, en efecto, transmiten con frecuencia contra-mensajes que socavan los valores familiares, pero que se presentan bien disfrazados con un ropaje de progresismo y liberación: “*hay que ser modernos*”, “*separaos, no hay que sufrir*”, “*es una mujer liberada que se sabe divorciar e iniciar una nueva relación, cuando no se siente realizada*”... En el fondo, no hay más que un culto narcisista al propio egoísmo individual.

## CAMBIO DE VALORES

La idea de **fidelidad** como un compromiso duradero – debido a que ha sido aceptado libremente –, está hoy fuera de toda expectativa razonable: tal fidelidad es algo que se sitúa más allá de la naturaleza humana, es algo de lo que la gente común no se cree capaz. Esta opinión, al difundirse, crea una mentalidad hostil a toda modalidad de compromiso permanente. La opinión de que la “*indisolubilidad es un peso injusto*”, al que se debe buscar un remedio, produce efectos nefastos en el pueblo cristiano.

Quienes se preparan para el matrimonio lo hacen con menos seriedad; después de haberse casado, se esfuerzan menos por preservar su unión, tan pronto como comienzan a surgir tensiones.

Las cosas irán de mal en peor si no revalorizamos la indisolubilidad del matrimonio.

Gran parte del modo de entender y de presentar el matrimonio ha estado penetrado – aunque sea inconscientemente –, por la *antropología secular* dominante en el mundo occidental. La *antropología secular* (Cormac Burke, Auditor de la Rota Romana) es una visión del hombre que se basa en una concepción individualista de la vida, en la cual se atribuye la clave para la realización humana al propio yo: identificación del yo, afirmación del yo, preocupación por el yo. La crisis actual que afecta a la indisolubilidad – la tendencia a verla como un "*antivalor*" –, se explica principalmente por este individualismo, tan tenazmente presente tanto fuera como dentro de la Iglesia. El individualismo hace que el matrimonio sea considerado desde un punto de vista fundamentalmente egocéntrico y nos hace pensar que no debemos dar, sino recibir, guiados por un solo criterio: "*esta unión, este vínculo, esta sistematización, ¿me hará feliz a mí?*". El matrimonio se convierte, entonces, en el mejor de los casos, en una tentativa de buscar un acuerdo entre dos individuos, cada uno de los cuales se preocupa de su propio interés, en lugar de ser una tarea en común mediante la cual dos personas desean construir juntas un hogar donde convivir ellas con sus hijos.

Para aprender a amar es necesario salir de uno mismo mediante un esfuerzo constante – tanto en las horas buenas como en las malas –, en busca del otro, de los demás. Lo que hay que aprender no es un amor efímero, pasajero, sino un amor comprometido. Todos sentimos necesidad de un compromiso de amor; así es el sacerdocio o una vida entregada completamente a Dios, y así también es el matrimonio, entrega a la que Dios llama a la gran mayoría de las personas. Vincular a los cónyuges a un aprendizaje continuo del amor fue la finalidad original del matrimonio, confirmada por el Señor (cf. Mt 19, 3 y siguientes; San Pablo I Cor 13, 4 y ss.). El compromiso matrimonial es por su naturaleza exigente. Esto se deduce de las palabras con las cuales los esposos se expresan su recíproca aceptación mediante un "*consenso personal irrevocable*", cuando cada uno promete aceptar al otro "*en la bonanza y en la adversidad, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad (...) por todos los días de la vida*". Aunque este compromiso sea sin duda exigente, es profundamente natural y atractivo. El amor auténtico es – quiere ser –, sincero cuando afirma: "*Te amaré por siempre*".

Hay muy poco de lógico en el hecho de que dos personas, después de haberse considerado por un tiempo absolutamente únicas la una para la otra, terminen por no ser ya capaces de soportarse. "*Mi amor por él, o por ella, ha muerto*"... Si esto ha ocurrido, se ha tratado de una muerte gradual que muchas veces hubiera sido posible evitar poniendo cada uno de su parte, reflexionando y actuando de forma diferente.

Cuando se establece la unión matrimonial, la idea que pasa por la mente de la pareja es que su matrimonio dure para siempre. Pero cuando las cosas no resultan como se habían pensado y poco a poco se experimentan los errores, defectos y actitudes del cónyuge que antes no se veían, y cuando la fidelidad a la palabra que se dio en el momento de contraer matrimonio se hace tremendamente difícil, entonces surge la tentación de romper el vínculo y liberarse de esa atadura que parece insoportable de llevar. Cuando uno tiene un amor frágil, no es capaz de ir más allá, no es capaz de negarse a sí mismo por el bien del otro, no puede con las dificultades que se le presentan.

En la vida de un matrimonio no es de extrañar que surjan innumerables dificultades, que se cometan errores, a veces graves, que se atraviesen periodos de crisis, de enfriamiento afectivo, incluso de distanciamiento. No se puede negar toda esta realidad compleja. Pero el matrimonio está llamado a afrontar y a superar todo esto. Sólo es posible salir de esas situaciones si se habla de un amor verdadero. En este amor las parejas están invitadas a unir voluntades, a que trabajen juntos para soportar todas las dificultades del camino."...*Sospechad, pues, de toda simplificación, tanto de naturaleza sociologista como espiritualista, y dedicaos a preparar vuestros cuerpos y espíritus para la gran aventura de experimentar el amor humano en pareja y, más tarde, en relación con los hijos...*" (Norberto Alcover, en *Páginas familiares. Antología*, de Fuensanta Cortés y Demetrio G. Cordero, Madrid 1998, p.12).

¿Por qué es tan frágil y corta la convivencia de muchas parejas y matrimonios? Precisamente, porque sus miembros reducen el amor al sentimiento que constituye sólo su aspecto 'pasivo' o espontáneo. Y así, mientras el otro miembro de la pareja o cónyuge les provoca sentimientos de gozo, placer y bienestar con su compañía, entienden que existe amor y la convivencia se mantiene. Pero, cuando el otro u otra les deja de provocar sentimientos positivos – lo cual es lógico en cualquier convivencia humana, que tiene días y tiempos grises –, se busca a alguien nuevo que los provoque. En el fondo, quienes así conciben el amor, "*más que estar enamorados de una persona están enamorados de estar enamorados*".

La grandeza del amor está en su profundo deseo de mantenerse fiel a su promesa y hacerla crecer. Su debilidad, su fragilidad radica en el triunfo de todos los obstáculos que nos encontramos en el camino. La tensión siempre existe entre la promesa de una unión que se quiere mantener para siempre y la gran dificultad de mantenerla fresca y fecunda a lo largo de todo el camino. Por eso sólo una pareja que comienza su vida de relación con una suficiente madurez personal puede afrontar este desafío y renovar continuamente – a pesar de los altibajos de su convivencia conyugal –, la decisión de querer encontrar la meta de su felicidad, siempre relativa y perfectiva en este mundo, como pareja.

Aunque el descubrimiento recíproco de defectos sea inevitable en el matrimonio, esto no es incompatible con la realización del bien de los esposos. Al contrario, es posible afirmar que la experiencia de los defectos del otro es esencial para que la vida conyugal alcance el verdadero ideal divino del "*bien*

*de los cónyuges*". La inevitable desaparición del amor romántico inicial – fácil y sin esfuerzo –, pone a todo cónyuge frente a la tarea de aprender a amar al otro tal como es realmente. Es entonces cuando se crece como persona. En esto radica la seriedad y belleza del desafío asumido en el matrimonio.

El aspecto *romántico* de una relación casi siempre desaparece; pero no por eso el amor debe morir. El amor está destinado a madurar, y puede acrecentarse si la disposición al sacrificio presente en los primeros tiempos de la autoentrega matrimonial está todavía viva o puede ser activada. El hecho de que el verdadero amor esté dispuesto al sacrificio, es el argumento que en la predicación pastoral debería, quizás, tener mayor resonancia. Como dice Juan Pablo II (28-IV-1982): "*Es propio del corazón humano aceptar exigencias, incluso difíciles, en nombre del amor por un ideal y sobre todo en nombre del amor a una persona*".

## **EGOISMO**

La persona egoísta no se compromete en las relaciones que establece y que lo unen a las demás personas. Sólo se ve a sí mismo y sólo se preocupa por satisfacer sus propias necesidades y caprichos. Aquí no hay lugar para el amor verdadero, no hay lugar para el otro. Muchas veces no se entiende que el bien de la familia exige un sacrificio personal, una renuncia a los propios gustos y tiempos; una donación total de la persona.

Nadie puede casarse si no vive más que para sí mismo, si actúa siempre por el "*me da la gana*", por el "*yo quiero*", por el "*yo tengo derecho*"; en una palabra, si es incapaz de querer a nadie, excepto a sí mismo.

## **SUBJETIVISMO**

Actualmente, está muy arraigada en la mentalidad de las parejas la concepción de que el amor es cuestión de sentimientos y, por ello, se hace una exaltación de los valores sexuales. Se concibe el amor como un mero sentimiento fugaz, que no es fácil aferrar, no está sujeto a control alguno. Para ser auténtico hay que seguir las propias inclinaciones y tendencias espontáneas, dando por supuesto que no puede haber nada de malo en esas inclinaciones, ya que son espontáneas y sinceras. Todo lo que un hombre o una mujer sienten, si es sincero y auténtico, es bueno. La práctica demuestra que esta idea está impregnada de ambigüedad y no conduce a ninguna estabilidad emocional sino todo lo contrario.

El amor verdadero piensa en la persona amada; el amor subjetivista sólo piensa en sí mismo y en sus estados emocionales y anímicos, la otra persona no cuenta. Por eso se considera legítimo que un cónyuge abandone a su familia cuando "*ya no siente lo mismo que antes*".

## **LA RUTINA**

La convivencia familiar no se compone sólo de los acontecimientos especiales y festivos en los que la alegría y la unidad familiar brotan casi naturalmente entre sus miembros: cumpleaños; reencuentros con familiares



que viven lejos; vacaciones; un ascenso en el trabajo; salidas a cenar... Por el contrario, la convivencia familiar cotidiana se compone de pequeños hechos ordinarios – el ‘buen día’ al despertar; la ‘difícil’ coordinación del uso del baño; el ‘apurado’ desayuno; la limpieza; las compras; el trabajo; la comida; la vuelta del cole; los deberes; la cena – cuya mera repetición genera rutina. Ahora bien, la rutina tiene componentes positivos que, hoy día, muchas parejas, atraídas por una búsqueda continua de emociones, tienden a desdeñar. Da seguridad, comodidad, tranquilidad, te aleja de sobresaltos – que no siempre tienen que ser agradables – y hace tu devenir diario más planificado.

La rutina tiene muchas ventajas, pero no hay que confundirla con el aburrimiento. Si el aburrimiento se instala en la pareja, es porque algo va mal, porque los intereses no van en la misma dirección.

- ¿Cómo lograr vivir bien lo pequeño de la vida de familia de cada día evitando el aburrimiento?
- ¿Qué ventajas encontráis en la rutina?

## **SOBREVALORACIÓN DE LA SEXUALIDAD**

La atracción sexual, por supuesto, es un importante componente del amor entre los esposos y es, en sí misma, un bien que promueve la unidad y la comunicación entre los cónyuges. Es lo que hace la esencia del matrimonio: unión de cuerpo y alma. La sexualidad une a la pareja en un acto que trasciende más allá de la persona para formar una sola: “*Formarán los dos una sola carne*” (Gn 2, 24; Mt 19,3-6; Ef 5, 31). Esa unión trasciende el placer físico innegable, para dar una trascendencia metafísica a la relación.

Por ello es necesario intentar mantenerse atractivo a los ojos de tu pareja cuidándote tanto tu aspecto físico como cuidando también la relación: salir juntos los dos, preservando tiempo para la pareja a solas, sin la presencia de terceros, bien sean los hijos, los amigos, los familiares.

Ahora bien, siendo importante la sexualidad, es aún mucho más importante y duradera entre los esposos **la amistad, el cariño, el afecto**; cada uno de ellos es el mejor amigo del otro, en quién depositar toda la confianza y en quien buscar consejo, alivio y apoyo. Ese es el aspecto más importante en la pareja y el más sólido pilar en el que apoyarse y vencer la fragilidad de la relación.

- ¿Confías en tu pareja para contarle cualquier preocupación por nimia que pueda parecer?
- ¿Buscas su opinión para solucionar algún tipo de conflicto ajeno al matrimonio?
- ¿Os acompañáis en las actividades que a vuestra pareja le gustan? (ir de compras, ver escaparates, ir a pasear o hacer deporte juntos....)

## DIFERENCIAS PSICOLÓGICAS ENTRE HOMBRE Y MUJER

Hay que pensar que el hombre y la mujer tienen unas claras diferencias en su forma de ser desde el punto de vista psicológico: Los hombres, hasta hoy, tienen menos capacidad para expresar las emociones y los sentimientos de manera verbal que las mujeres. El cerebro masculino está más orientado a los hechos y a la lógica que a las emociones y las intuiciones. Antes del matrimonio, los hombres asumen la responsabilidad de alimentar la relación amorosa. Después del matrimonio, ven a la esposa como alguien que debe cuidarlo a él. Una vez que hemos conquistado esta frontera llamada matrimonio, se dan las riendas de la relación a la esposa. Los hombres necesitan menos romance que las mujeres. Toda esposa es una romántica incurable. El amor está en las cosas de cada día.

La capacidad de abordar las diferencias estabiliza y mejora la calidad del matrimonio. Las diferencias son, en un principio, lo que nos atrae de la otra persona y posteriormente, en ocasiones, éstas mismas pueden percibirse como una amenaza a la unidad de la pareja. En el fondo, las diferencias son oportunidades para crecer y nos enriquecen. Aceptarlas – y al mismo tiempo disfrutar de ellas –, implica respeto y valoración de uno mismo y del compañero. El reto del matrimonio es encontrar la manera de resolver nuestras diferencias constructivamente.

## SOLUCIONES

No olvidemos que la vida cambia. Mantener todo como en el principio del matrimonio es una ilusión. Debemos comprenderlo y entender que el amor pasa por sus fases y que nuestro compromiso de verdadero amor con nuestra pareja supone hacer todo lo posible para apostar por esta unión. **Al fin y al cabo, es la persona que escogimos para vivir.**

Si decidiéramos cambiar de pareja, sólo por sentir otra vez la pasión, una vez más volvería a repetirse el ciclo. Una y otra vez. El matrimonio es siempre una "*promesa*" de felicidad que se puede perder. Como la misma vida, es algo complicado y con frecuencia desafiante; tiene cumbres y valles y exige cambios que pueden traer tensiones y conflictos.

El secreto para luchar contra la fragilidad del amor es un cúmulo de actitudes:

## VOLUNTAD

¿Por qué hablar tanto de la voluntad en el amor? No es para despreciar el aspecto afectuoso y sensible del amor, sino para señalar la verdadera plenitud a la que está llamado.

La voluntad es la facultad con que buscamos lo que es bueno. Es capaz de querer cosas buenas para sí misma y para otros. Pero, también, es capaz de querer el Bien Total e Infinito porque se da cuenta de que las cosas particulares no agotan toda la bondad. Esta capacidad para querer el Bien

Infinito para sí y para otros constituye la máxima grandeza del amor humano. Este es el amor que funda el matrimonio.

Decidirnos a amar a nuestra familia profundamente es la acción más efectiva que podemos hacer, no sólo a favor de nuestra familia, sino también en favor de otras familias. No hay testimonio más importante que el del amor. Cuando los paganos veían a los cristianos, decían: "*Mirad cómo se aman*".

Uno de los más grandes políticos del último tercio del siglo XIX, Otto von Bismark – lo dice Tomás Melendo Granados, Catedrático de Metafísica de la Universidad de Málaga – contestó en una carta a su joven y tímida esposa, ella le había escrito: "*Me olvidarás a mí que soy una provincianita, entre tus princesas y tus embajadoras*"; él respondió: "*¿Olvidas que me he casado para amarte?*" Esta frase resulta clave: no se casó sólo porque la amaba sino precisamente *para amarla*, lo que supone, además del sentimiento, un querer, una decisión voluntaria de buscar el bien de su esposa.

- ¿Cuántas familias se decidirían a amarse profundamente si vieran a su alrededor a familias que se aman?
- ¿Qué mantiene unido vuestro matrimonio?
- ¿Será el bienestar económico motivo suficientemente fuerte para que la familia se mantenga unida?

## SACRIFICIO

Posiblemente, esta idea no sea bien aceptada o entendida. En esta sociedad tan hedonista, en la que lo verdaderamente importante es el placer y la satisfacción propia inmediata, algo que presuponga renuncia o contrariedad no es bien recibido.

El psiquiatra Luis Rojas Marcos asegura que "*si aspiras a la igualdad perfecta en la pareja, estás abocado al fracaso*". Rojas Marcos afirma que lo que ocurre hoy día es que "*tenemos unas aspiraciones muy altas de alcanzar la felicidad, lo cual está bien y es normal, pero, al mismo tiempo, nos sentimos decepcionados con demasiada facilidad*". En la pareja, a su juicio, no se puede aspirar "*a la igualdad perfecta*", porque sus cimientos se tambalean cuando empezamos a recriminarnos cosas como "*cuántos platos has lavado*", "*ella lava cinco y yo nueve*" o "*él se levanta una vez a atender al niño y yo me tengo que levantar tres*". "*Cuando empezamos así, malo, malo, malo...*", apuntó.

## DIÁLOGO

La comunicación en la pareja es otro pilar fundamental. Por eso debe elaborarse el modo de encarar los desacuerdos, que inevitablemente surgen en la convivencia. En algunas parejas hay temas que no acaban de resolverse y van quedando *aparcados*; entonces puede suceder que la pelea se inicie por cosas sin importancia, cuando, en el fondo, el motivo principal de la discusión sea por estas cuestiones, a las que no se ha encontrado solución.

La pareja afrontará con éxito las continuas adaptaciones que implica la convivencia, si son capaces de hablar de sus dificultades, si se enfrentan a ellas en lugar de rehuirlas, si se apoyan mutuamente en vez de recriminarse, si logran hacer pactos satisfactorios para ambos, etc. Si todo esto sucede, la relación de pareja será buena y gratificante. De lo contrario, habrá continuas quejas, discusiones, reproches y malestar, situación que, a la larga, puede llegar a deteriorar la relación de la pareja.

El Matrimonio supone para su crecimiento el **saber "negociar"**...Por ello ha de utilizarse el diálogo en sus dos vertientes:

- Expresar las situaciones que no agradan para encontrar soluciones. Si hay algo que no agrada o molesta, lo mejor es hablar para encontrar la manera de solventar esa situación. Puede ser que tu pareja no sepa que tal actitud o tal comportamiento te molestan. El diálogo es la mejor manera de encontrar soluciones. Ese diálogo debe ser sereno y evitando reproches gratuitos, aceptando la forma de ser de la otra parte pero intentando acercar posturas. Es, digamos, un *diálogo terapéutico*, encaminado a la resolución de conflictos. Es el reverso del silencio o de acumular contrariedades hasta la saturación, que acaban por estallar.

- Otro diálogo muy importante y quizás menos valorado en la pareja es el diálogo en sí mismo. A veces las relaciones en la pareja se basan en meros formalismos o hablar de los hijos, pero no en el placer de hablar por hablar con tu pareja. Como hemos dicho repetidas veces, tu pareja debe ser tu mejor amigo/a y por eso debes hablar contándole tus ideas, comentando cualquier tema por nimio que sea: (¿te gusta esa falda?, qué te parece lo que dice el periódico sobre...). A veces, se ven parejas que comen o pasean juntas pero apenas se hablan y, sin embargo, cuando están con sus amigos, se quitan la palabra.

El Arzobispo de Lima y Primado del Perú, Cardenal Juan Luis Cipriani Thorne, destacó que en el matrimonio cada día *"hay que estrenar el amor, y ahí es donde viene el sacramento, ese Dios que le pone la 'chispa' que le da a lo cotidiano ese algo diferente y divino"*.

El matrimonio es para un cristiano **una auténtica vocación sobrenatural**. El sacramento no es otra cosa que Dios mismo apostando por el esposo y la esposa. La vivencia del matrimonio *"no es fácil. Es esfuerzo, lucha, lealtad, fidelidad, es contar con Dios; y, de esa manera la vida se convierte en una aventura maravillosa"*.

En el número 24 de la Constitución del Vaticano II *Gaudium et Spes*, se dice: *"el hombre (...) no puede realizarse plenamente si no es a través de una entrega sincera de sí mismo". Podemos "realizarnos" o conducir a plenitud nuestro yo, solamente dándonos. Este es un programa evangélico – perder la propia vida para salvarla – en contraste irreductible con la receta de vida que suele ofrecer la psicología contemporánea: buscarse a sí mismo, encontrarse a sí mismo, comprender la propia identidad, preocuparse de sí mismo, aferrarse*

*al propio yo sin dejarlo escapar. El matrimonio representa la forma más específica y natural de entrega personal para la cual fueron hechos el hombre y la mujer". Añade también la Gaudium et Spes: "la unión de ellos constituye la primera forma de comunión de personas" (12).*

Lo verdaderamente esencial y definitorio en la vida conyugal no es la posibilidad del divorcio, si el asunto no marcha, sino la decisión de ambos cónyuges de aspirar continuamente a quererse con plenitud, autenticidad y entrega.

Dice E. López Azpitarte (*Amor, indisolubilidad y rupturas matrimoniales*, en "Selecciones de Teología Moral", n. 6, Asunción, noviembre de 1994, p. 58): *"El cariño conyugal no puede ser, en teoría, un compromiso pasajero, algo que se utiliza mientras sirve o interesa, como si se tratara de un objeto que se abandona cuando sale un nuevo modelo en el mercado. Supongo que nadie irá al matrimonio con la idea de constatar un día que ya no se quieren, ni es posible la convivencia. La conyugalidad es una invitación a lo definitivo, a la permanencia fiel, a la unión más profunda entre dos personas"*.

## **PALABRAS FINALES.**

¿Qué es entonces el amor perenne? Un idealismo y una utopía para la mayoría o una suerte para otros. Pensar así es el resultado de la manipulación que sufre el hombre, quien está condicionado a amar según una mentalidad en la que lo que prima es el encuentro casual, apasionado, fugaz y agradable, que se vive, mientras sea agradable.

Un matrimonio feliz no surge por arte de magia, como en los cuentos de hadas, y tampoco basta un intercambio de promesas conyugales para crear un estado de amor y satisfacción total. El matrimonio no está exento de fragilidad y en su proceso evolutivo atraviesa diversas crisis, crisis que son más llevaderas si la pareja es flexible, es decir, si consigue adaptarse a las diferentes circunstancias cambiantes. Para formar un buen matrimonio la pareja ha de construir un "nosotros" en el que estén plenamente integrados el "yo" y el "tú". El objetivo primordial es lograr una relación más profunda y madura.

Esto se logra si el matrimonio no pierde su esperanza y su sano optimismo en los momentos que acucian las dificultades. Por eso el matrimonio es una conquista progresiva y creciente. Su solidez y fortaleza es la resultante del esfuerzo de la pareja en mantenerse mutuamente gratificados, en luchar por ser lo mejor posible para el otro en todos los niveles de su relación: cuerpo, sentimientos, anhelos, proyectos. Y el termómetro de su calidad es el tenor de su comunicación dialogal, de su vida íntima sexual y del agradecimiento de sus hijos y de la sociedad en la que actúan.

Además de sentimiento, el amor es entrega o donación de sí mismo; y uno se entrega o se dona con actos: por ejemplo, con actos de generosidad o ayuda en las tareas del hogar, haciendo agradable la vida del cónyuge, estando pendiente de sus gustos personales; ayudándolo a crecer a través del consejo y el estímulo; estando disponible para lo que necesita; compartiendo

pensamientos, sentimientos, cosas, un libro, un deporte, una afición, una película; aprendiendo a desdramatizar pequeños problemas en la convivencia diaria; sabiendo reconocer errores y defectos propios; y pidiendo perdón sin esperar a prolongados silencios que nunca tienen buen final. Es un camino de ida y vuelta en el que ambos dan y reciben.

Es fundamental vivir este aspecto activo del amor tantas veces olvidado o ignorado, que evita el desgaste de la convivencia en familia, hace crecer el sentimiento y determina que la vida matrimonial no sea un azar sino un proyecto cuya realización depende de los cónyuges.

La vida familiar se construye de adentro hacia afuera, es decir, desde la misma familia y requiere tiempo compartido, que es necesario generar y cuidar. En todo esto queda definido el modo de luchar contra la fragilidad del amor.

A manera de conclusión, es oportuna la reflexión del investigador y escritor Roberto Bosca (Profesor de Doctrina Social de la Iglesia en la Universidad Austral de Argentina): la vida familiar exige, sin duda alguna, comportamientos heroicos ordinariamente en lo pequeño. ¿Quién diría por ejemplo que no es heroica la sonrisa sincera ante la clásica sugerencia, la reiterada corrección o incluso la ocasional voz de mando del cónyuge sobre la forma de conducir el automóvil, en medio de un laberíntico regreso por la autopista en el atardecer de un apacible domingo?

¿Quién diría que no es heroico el cotidiano trabajo en casa – sin quejas –, cocinando en lugar de recurrir al precongelado, para que tu familia coma sano?

Hay sin duda un algo misterioso, hay evidentemente un soplo divino en esa sonrisa y en ese esfuerzo silencioso, que construyen la posibilidad de una convivencia y una vida feliz. Es que, precisamente, en estas cosas pequeñas se determina el rumbo hacia una vida que enhebra, con el hilo de lo cotidiano, el milagro humano y divino del amor.

Ninguna fragilidad humana y cultural consigue sustraer del amor humano su predisposición natural “*al para siempre*”. La estructura misma del deseo es extensible hacia lo infinito. Por consiguiente, la perdurabilidad del matrimonio entre el hombre y la mujer no es una fijación anacrónica de los cristianos, sino que forma parte de la esencia del amor. Hasta el punto de que la ausencia de ese “*para siempre*” es síntoma de que falta compromiso y amor.